LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 9

¡Leyla y el Cuadro que Nunca Quedaba Recto!

El edificio contra la simetría



Basado en un hecho real completamente ficticio.

LAS CRÓNICAS DE ABSURDISTÁN · VOLUMEN 9

¡Leyla y el cuadro que nunca quedaba recto!

EL EDIFICIO CONTRA LA SIMETRÍA

Para todos esos lugares que supuestamente están aquí al lado.

Una historia de Goldhain y de las posibilidades cercanas.

Basada en un hecho real completamente ficticio.

Prólogo - Dos milímetros

◇



Leyla quería colgar un cuadro.

Era una lámina botánica serena dentro de un estrecho marco de madera: una rama, tres flores y dos hojas dibujadas con esmero. Nada en ella exigía una aventura.

La pared libre del salón era lo bastante ancha. Ya había un clavo. Leyla tomó el marco, lo colgó y retrocedió tres pasos.

El cuadro estaba torcido.

No de una forma llamativa. Dos milímetros, quizá. Un error que otras personas habrían descrito como «así está bien» y que, por ese mismo motivo, Leyla se tomó especialmente en serio.

Giró el marco hacia la izquierda. Retrocedió. Ahora se inclinaba hacia la derecha.

Sacó un pequeño nivel de burbuja de su juego de arquitectura y lo apoyó sobre el marco. La

burbuja estaba exactamente en el centro.

El cuadro parecía torcido.

Leyla comprobó el nivel sobre la mesa. Recto. Sobre el alféizar. Casi recto. Sobre el suelo.

La burbuja se deslizó hasta el extremo.

Leyla miró las tablas del suelo. Después, la pared. Después, el marco de la puerta, que de pronto pareció echarse hacia atrás con la inocencia de un sospechoso descubierto.

Apoyó ambas manos en el marco.

«Bien», dijo. «Entonces lo haremos a conciencia».

El edificio respondió con un crujido tenue.

I. La primera medición

Leyla empezó por el clavo.

Estaba doce centímetros a la derecha del centro de la pared. Aquello no era un problema; el espacio libre junto a la estantería también era asimétrico. Sin embargo, el clavo apuntaba ligeramente hacia arriba, mientras que el yeso de alrededor descendía.

Lo sacó, volvió a medir y clavó otro. El marco quedó perfectamente horizontal.

Parecía aún más torcido.

Leyla marcó las esquinas con lápiz. La línea superior estaba recta. El techo descendía hacia la derecha casi un centímetro. El rodapié subía en la misma dirección seis milímetros. Entre ambos, el cuadro colgaba correctamente y, por eso mismo, parecía ser el único objeto poco razonable de la habitación.

Mira entró, lo observó e inclinó la cabeza.

«Torcido», dijo.

«Matemáticamente recto».

Mira inclinó la cabeza hacia el otro lado.
«Entonces la habitación está torcida».

«Eso no es una categoría técnica».

«Quizá debería serlo».

Leyla anotó las medidas en su cuaderno. El cuadro permaneció en la pared, observándola con sus tres flores serenas.

Mira fue hasta la ventana y miró desde allí. «Ahora está recto».

Leyla se colocó a su lado. Era cierto. Desde la ventana, la desviación desaparecía. Dos pasos hacia el centro de la estancia y volvía a aparecer.

Marcó ambos puntos de observación con pequeños trozos de papel en el suelo. En uno escribió recto y en el otro, torcido. Entre ambos había una zona en la que el cuadro tomaba su decisión a la vista de todos.

«Quizá necesite un cartel que diga dónde hay que ponerse», sugirió Mira.

Leyla no apuntó la propuesta. Sin embargo, pensó en ella bastante más tiempo del que admitiría después.

II. El marco de la puerta



El marco de la puerta era la línea vertical más evidente de la habitación. Por eso Leyla lo examinó a continuación.

Sostuvo una plomada a su lado. El cordel colgaba recto. El marco no.

Arriba, la desviación era de cuatro milímetros; abajo, de nueve. El lado izquierdo se inclinaba hacia dentro y el derecho hacia fuera. Aun así, la puerta cerraba a la perfección, pero solo porque su borde inferior estaba cortado en una curva suave.

Durante años, Leyla había creído que aquella curva era producto del desgaste. Ahora reconocía en ella una negociación constructiva.

Lena pasó por allí con café. «¿Qué estás midiendo?»

«La resistencia de la casa a la geometría».

Lena dejó la taza y tomó el nivel. Comprobó el marco, la pared, el techo y, por último, la mesa.

«Nada coincide con nada».

«Gracias».

«No era una valoración».

«Gracias de todos modos».

Colgaron el cuadro en paralelo al marco de la puerta. Cerca de ella parecía recto, pero desde el sofá estaba torcido. Paralelo al techo, funcionaba junto a la ventana y parecía borracho al lado de la estantería.

Al parecer, la habitación contenía varias verdades que no se hablaban entre sí.

Lena fue a buscar un transportador de ángulos. Las desviaciones no se hicieron menores, pero sí más precisas. El marco de la puerta se inclinaba 1,8 grados, el rodapié 0,9 y el techo una cantidad que variaba según el punto de medición.

«Si calculamos el promedio de todas las líneas», dijo Lena, «obtendremos un eje óptico principal».

Lo calcularon. El resultado cruzaba la pared en diagonal, cortaba una esquina del marco y terminaba en la estantería.

«No sirve de nada», dijo Leyla.

«Pero es correcto».

«Por lo visto, hoy no es lo mismo».

III. El marco errante

Por la tarde, el cuadro había colgado en cinco lugares distintos.

Sobre el sofá parecía demasiado alto. Junto a la estantería, demasiado bajo. Entre las ventanas estaba recto hasta que se abrían las cortinas. Sobre la cómoda, la distancia de la izquierda era correcta, mientras que a la derecha aparecía de pronto más pared.

Leyla medía cada vez. Hacía fotografías, dibujaba líneas auxiliares y pegaba pequeñas marcas en la pared. Pronto, el salón pareció una excavación arqueológica dedicada a una ruina muy plana.

Roxy entró, se detuvo en la puerta y contempló las numerosas cruces de lápiz.

«¿Estás reformando?»

«Estoy colgando un cuadro».

Roxy observó el cuadro, que en aquel momento descansaba en el suelo. «Proyecto valiente».

Lo sostuvo contra la pared para probar. Sin medir, lo giró un poco hacia la izquierda. «Así».

Parecía recto.

Leyla apoyó el nivel encima. La burbuja estaba casi pegada al borde.

«Esa no puede ser la solución».

Roxy se encogió de hombros. «Él no sabe que está mal».

Leyla recuperó el marco. Todavía no estaba preparada para sustituir instrumentos de medición por confianza en una misma.

IV. El levantamiento

A la mañana siguiente, Leyla dibujó un plano de la habitación.

Midió cada pared, cada ángulo y cada hueco de ventana. La estancia no era un rectángulo. Tampoco era un trapecio decente. La pared norte medía cinco centímetros más que la pared sur, aunque en el plano de obra debían ser iguales. Una esquina tenía ochenta y nueve grados y la opuesta, noventa y dos. El grado que faltaba no apareció por ninguna parte.



Lin llevó un medidor láser. El punto rojo recorrió el yeso y dio un valor diferente en cada medición.

«¿Se está moviendo la pared?», preguntó Lin, entusiasmada.

«No».

El valor cambió tres milímetros.

Leyla miró la pared. «Probablemente no».

Construyeron una maqueta de cartón. A escala, las desviaciones apenas se veían, pero el modelo solo se sostenía si colocaban un papel doblado bajo una esquina.

Lin puso dentro una versión diminuta del cuadro. En la maqueta colgaba recto.

En la habitación real, el original seguía pareciendo torcido.

«Quizá la maqueta sea demasiado honrada», dijo Lin.

Leyla contempló ambas habitaciones. Por primera vez, se tomó el conflicto como algo personal.

V. La razón histórica

La casa era más antigua que la mayoría de las líneas rectas de Goldhain.

En el archivo municipal, Leyla encontró los planos originales. El edificio se había construido ciento veintiocho años antes como una casa estrecha, y después lo habían ampliado, dividido y vuelto a unir. El salón actual estaba formado por partes de dos antiguas habitaciones y un fragmento de pasillo.

En un plano de 1934, una escalera atravesaba exactamente la pared del cuadro.

En otro plano aún más antiguo, allí había una ventana exterior. Más tarde la tapiaron, colocaron la escalera delante y, al final, ambas cosas se convirtieron en la pared actual. Tres fases constructivas se superponían como recuerdos transparentes.

El archivero trajo una fotografía amarillenta. Una familia posaba frente a la antigua escalera. En la pared había un pequeño paisaje, también torcido, aunque en la dirección contraria.

Leyla sostuvo la fotografía junto al plano actual. «Tenían el mismo problema».

«O la misma solución», dijo Mira.

En el reverso de la foto solo figuraba una fecha. Ni una queja, ni una corrección, ni una nota sobre el ángulo.

«¿Había una escalera?», preguntó Mira.

«Dentro de la pared».

Una reforma la había eliminado, pero su inclinación permanecía en la mampostería. Las vigas del techo todavía seguían el antiguo recorrido. El suelo se había elevado en aquel punto. La pared no estaba torcida porque alguien la hubiera construido mal. Sencillamente, recordaba otra función.

Leyla extendió papel vegetal sobre los planos. Líneas de distintas décadas se cruzaban. Cada una había sido correcta en su momento.

El archivero miró por encima de su hombro. «¿Busca algo concreto?»

«Una línea recta».

Él se echó a reír. «Entonces se ha equivocado de casa».

Leyla se llevó copias de los planos.

VI. El contraataque

Leyla regresó a la pared armada con el conocimiento histórico.

Trazó una nueva referencia: ni el techo, ni el suelo, ni la puerta, sino el eje central imaginario de la habitación actual. El cuadro quedó perfectamente alineado con él. Desde la entrada se veía bien. Desde el sofá volvió a inclinarse.

Movió el sofá ocho centímetros.

Ahora el cuadro parecía recto, pero la alfombra estaba torcida. Movió la alfombra. La cómoda parecía incorrecta. Desplazó la cómoda. La estantería perdió su relación con la ventana.

En menos de una hora, todo el salón estaba en movimiento.

El sillón quedó de pronto delante de la puerta, la mesita auxiliar bloqueaba la ventana y la alfombra estaba en diagonal, porque aquel era el único ángulo compatible tanto con la cómoda como con el marco. Lin tropezó con una esquina enrollada al entrar y declaró que la composición era «dinámica».

Leyla fotografió cada variante. En las imágenes todo parecía aún más torcido, porque la cámara intentaba corregir automáticamente las líneas verticales. El teléfono reconoció la estancia como

una fotografía de arquitectura y ofreció corregir la perspectiva. Después de hacerlo, la pared estaba recta, pero el sofá tenía forma de trapecio.

Leyla deshizo el cambio. Algunos problemas no mejoraban cuando un programa adquiría confianza en sí mismo.

Mina apareció bajo una manta y se detuvo donde antes había estado el sofá.

«¿Dónde está mi sitio?»

«El cuadro tiene que quedar recto».

Mina observó la habitación. «El cuadro no tiene sitio. Yo sí».

Pulsó el botón rojo de los sofás. Un sofá nuevo apareció exactamente en su ubicación anterior y empujó la cómoda desplazada veinte centímetros hacia la derecha.

Leyla miró sus mediciones.

La nueva posición de la cómoda hacía que el cuadro pareciera de pronto más recto.

«Lo he hecho a propósito», dijo Mina, y se sentó.

Nadie la creyó. Nadie la contradijo.

VII. La asamblea de las líneas

Por la noche, todas acudieron a dar su opinión.

Lena prefería la horizontal matemática. Mira eligió la línea del techo porque aportaba calma a la habitación. Roxy quería la versión que parecía «segura de sí misma». Lin propuso una suspensión motorizada que girase el cuadro según el ángulo de visión.

«No», dijo Leyla.

«Todavía no he construido nada».

«Por eso lo digo ahora».

Nika fotografió la pared y superpuso una cuadrícula digital. La cuadrícula demostró que no solo el cuadro, sino también la ventana, la puerta y dos baldas de la estantería estaban desviados. La única línea recta de la habitación era el borde inferior de la fotografía.

Mina estaba tumbada en el sofá. «Desde aquí, el lado derecho está demasiado bajo».

Todas giraron el cuadro.

«Ahora el izquierdo».

Lo giraron hacia atrás.

«Ahora otra vez el derecho».

Leyla se cruzó de brazos. «Estás moviendo la cabeza».

«El edificio mueve mi perspectiva».

Con aquello, la discusión había llegado oficialmente a Absurdistán.

Jen propuso una votación. Cada persona recibió una nota adhesiva y debía señalar la mejor posición. Al cabo de cinco minutos, había nueve notas pegadas a la pared. Dos se superponían exactamente, tres formaban una línea diagonal, una estaba por accidente en el marco y la de Mina se encontraba en el sofá.

«Eso no es una posición», dijo Leyla.

«Es el punto de vista», dijo Mina.

Nika calculó el promedio de las marcas. Quedaba en medio del motivo del cuadro, exactamente sobre una de las flores dibujadas. Era imposible clavar allí sin dañar el marco.

La democracia tampoco había encontrado una línea recta útil.

VIII. La medición nocturna

Leyla esperó hasta que la casa quedó en silencio.

Sin voces, pasos ni sofás errantes, quería realizar una última medición. Tensó cordeles por la habitación, instaló la plomada y marcó las sombras de los marcos de las ventanas.

A medianoche, el cuadro cambió.

No de verdad. La madera reaccionó al descenso de la temperatura. Una tabla del suelo crujió, el marco resbaló un milímetro sobre el clavo y la burbuja del nivel se desplazó visiblemente hacia la izquierda.

Leyla se sentó en el suelo.

La casa no solo estaba torcida. También se movía. No lo suficiente para ser peligrosa, pero sí para tomarse cualquier solución definitiva como una ofensa personal.

Escuchó las tuberías, las vigas y el viento contra la ventana. El edificio no estaba hecho de líneas rígidas, sino de materiales que se dilataban, se asentaban y regresaban.

La rama botánica del cuadro seguía colgada con serenidad entre los listones del marco.

Leyla retiró el nivel.

Por primera vez, no se preguntó: ¿Qué está recto?

Se preguntó: ¿Qué pertenece a este lugar?

Apagó la luz y dejó encendida únicamente la pequeña lámpara junto al sillón. La sombra del marco caía torcida sobre la pared, pero el dibujo adquirió un aspecto cálido y tranquilo. Con la luz del día, Leyla había comparado líneas. Bajo la lámpara, contempló la estancia como un todo.

El marco no estaba solo. Se relacionaba con el sillón, la lámpara, la estantería y las personas que entraban por la puerta. Una posición matemáticamente correcta podía alterar aquellas relaciones. Una posición ligeramente incorrecta podía ordenarlas.

Leyla no anotó otra medida. Dibujó la habitación desde el sillón, con todas sus inclinaciones, exactamente como era.

IX. El punto de vista

A la mañana siguiente, Leyla se sentó en cada lugar de la estancia.

Desde el sofá, el marco se veía distinto que desde la mesa del comedor. Desde la entrada se veía junto a la puerta. Desde el sillón, junto a la ventana. No existía ninguna posición que funcionara desde todos los ángulos.

Así que eligió el más importante.

No el centro de la habitación, ni el plano de obra, ni el punto de vista de un instrumento de medición. Eligió el sillón junto a la ventana, donde dibujaba por las noches. Desde allí era donde veía el cuadro con mayor frecuencia.

Colgó el marco de modo que encajara con las líneas de la habitación. El borde superior no seguía del todo ni el techo ni el suelo. Quedaba

entre ambos, inclinado tres grados y desplazado un centímetro respecto al centro matemático.

Leyla retrocedió hasta el sillón.

El cuadro parecía recto.

Apoyó el nivel encima. La burbuja estaba claramente apartada del centro.

Leyla retiró el nivel.

La burbuja tenía derecho a discrepar.

X. La prueba

Lena llegó por la tarde y se detuvo delante de la pared.

«Está torcido», dijo.

«Sí».

Lena esperó una explicación.

Leyla la condujo hasta el sillón. «Siéntate».

Lena se sentó. Desde aquel punto de vista, el marco se unía con la antigua línea del techo, la puerta y la luz de la ventana. Nada estaba horizontal, pero todo parecía tranquilo.

«Ah», dijo Lena.

Era la única prueba que Leyla necesitaba.

Aun así, Lena pidió el nivel. Lo apoyó sobre el marco, observó la burbuja en el extremo y volvió a mirar el cuadro.

«Interesante», dijo.

«También puedes decir que encaja».

Lena volvió a sentarse, esta vez un poco más abajo. «Encaja».

Leyla no anotó la frase. Algunas confirmaciones perdían valor cuando quedaban registradas.

Roxy llegó más tarde, miró el cuadro y declaró que parecía seguro de sí mismo. Mira consideró que ahora pertenecía a la pared. Lin volvió a

preguntar por el motor y fue enviada a tomar el té.

Mina lo observó desde el sofá. «El lado izquierdo, un pelín más alto».

Leyla la miró.

Mina sonrió dentro de su taza. «Solo era una prueba».

El cuadro se quedó como estaba.

XI. El regreso de la burbuja

Durante tres días, nadie tocó el marco.

La cuarta mañana, Leyla vio que se había deslizado hacia la derecha. Solo un milímetro. Lo suficiente para que regresara la antigua inquietud.

Levantó la mano para corregirlo y se detuvo.

La casa había trabajado durante la noche. La temperatura había bajado, el clavo se había asentado y el marco había obedecido a la gravedad. Tal vez aquel movimiento también formara parte de la solución.

Leyla se sentó en el sillón. Desde allí, el cuadro seguía viéndose bien.

Bajó la mano.

Por la noche volvió a desplazarse hacia atrás. No del todo, pero casi. El edificio respiraba en milímetros.

Leyla dibujó el proceso en su cuaderno: fecha, temperatura, desviación. Al cabo de una semana apareció una pequeña línea ondulada.

No enmarcó la línea ondulada.

Todavía no.

XII. Una nueva regla

Leyla cambió la regla de su taller.

Antes decía: Primero medir, después construir. Ahora añadió: Y después, mirar.

Las mediciones seguían siendo importantes. Sin ellas, nunca habría comprendido la antigua escalera, el marco errante ni las muchas verdades de la habitación. Pero una medida no podía decidir qué sensación debía transmitir un espacio.

Borró las marcas de lápiz de la pared. Algunas no desaparecieron del todo. Pequeñas cruces permanecieron en el yeso, testigos de posiciones que habían sido correctas y, aun así, no habían encajado.

Colocó la maqueta de cartón en la estantería. Seguía siendo perfectamente rectangular y seguía tambaleándose cuando se retiraba el papel doblado.

En su diminuta pared, el cuadro diminuto colgaba matemáticamente recto.

En la habitación real, el cuadro grande colgaba torcido tres grados.

Los dos estaban bien.

Lin construyó para la maqueta un pequeño soporte ajustable con dos listones de madera. Permitía girar el marco en miniatura unos pocos grados. Juntas lo colocaron igual que el cuadro grande en la estancia real.

La maqueta dejó de parecer perfecta. A cambio, de pronto parecía el salón.

«Eso es personalidad», dijo Lin.

Leyla contempló la minúscula inclinación. «Una evolución de personaje extraordinaria».

Pegó el soporte antes de que Lin pudiera añadirle un motor.

Final - Exactamente así

El domingo, Leyla estaba sentada en el sillón con una taza de té.

La luz del sol entraba por la ventana. La vieja casa crujía, las tablas del suelo descendían hacia la puerta y el marco colgaba donde ningún cálculo lo había previsto al principio.

Una visitante entró, observó el cuadro e inclinó la cabeza.

«¿Está un poco torcido?»

Leyla bebió un sorbo de té. «Sí».

«¿Quieres que lo enderece?»

«No».

La visitante se sentó en el sofá. Desde allí, el cuadro parecía diferente. Volvió a inclinar la cabeza y sonrió.

«Pero encaja».

«Exactamente».



Terminaron el té mientras la luz de la tarde avanzaba lentamente por la pared. Durante unos minutos, la sombra de la ventana trazó una línea perfectamente recta bajo el marco. Después el sol siguió su camino y la línea desapareció. Leyla resistió el impulso de anotar la hora. La habitación podía tener un instante correcto sin convertirlo en una norma.

Más tarde, la visitante dejó de preguntar por la inclinación. Solo quiso saber de dónde había salido aquella hermosa lámina botánica.

Al anochecer, Leyla guardó el nivel en su maletín. Volvería a necesitarlo. Para estanterías, maquetas, planos y todas las cosas que merecían una línea clara.

Pero no todas las paredes exigían que la verdad estuviera en el centro de una burbuja.

Algunas habitaciones necesitaban una línea que conociera su historia.

El cuadro permaneció inmóvil.

La casa crujió, satisfecha.